

queda de toma de posición y definición, obliga a repensar los cimientos donde se fundaron su tradición, valores y visiones de futuro. Es aquí, entonces, que el libro si bien no traza una respuesta a estas cuestiones —lejos es su objetivo—, logra ser un estimulante punto de partida para calibrar mejor aquellos puntos que un presente aparentemente esquivo plantea a esta cultura política.

Ahora bien, lo singular y relevante de considerar su publicación no acaba en estas coordenadas de tipo contextuales. El capítulo dedicado a la trayectoria de Juan Carlos Portantiero manifiesta el continuo interés de Altamirano por explorar nuevas formas de abordar esta antigua preocupación. En consonancia con una renovación y expansión que experimentan los estudios biográficos y la historia social de los intelectuales, este apartado permite observar y comprender de cerca las preocupaciones, amistades intelectuales y actividades que este reconocido intelectual de la “nueva izquierda” desplegó en distintos momentos de su itinerario, ya sea en las filas del Partido Comunista en su juventud o en su trabajo como sociólogo universitario durante los años setenta. No obstante, lo trascendente de esta aproximación radica en otro aspecto, además del aporte innegable que refiere el conocimiento de una figura como Portantiero. La reconstrucción de su trayectoria funciona como un más que pertinente acceso al mundo cultural y político de la izquierda en el cual estuvo inserto y desde el cual enunció y tomó posición sobre diversos temas. Así, el seguimiento de sus rasgos biográficos e ideas se imbrican en una historia social y cultural que permiten distinguir su singularidad dentro del panorama de la cultura de izquierda, sin por ello obviar aquellos aspectos que compartió con otros intelectuales de izquierda. La lucha interna frente a la política cultural del Partido Comunista, su ruptura y posterior participación en el grupo **Pasado y Presente**, junto a su desempeño en el convulsionado departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de los años setenta, son todos instantes, quizás los más sobresalientes, de un camino intelectual que, en la mirada de Altamirano, se desdobra hasta iluminar las tensiones, debates y sensibilidades que coloreaban dichos ambientes.

A pesar de lo que puede sugerir una rápida lectura de su índice, **Peronismo y cultura de izquierda** no ha perdido ni un gramo de actualidad y densidad sobre los temas y problemas que delinearon históricamente el escenario ideológico, cultural e intelectual argentino. El status de “clásico” y su distinción dentro del

panorama editorial actual acaso logre explicarse por esa viva capacidad que todavía conserva para plantear preguntas, sugerir exploraciones, señalar certezas —muchas— pero sobre todo estimular la indagación de una relación que, se avizora, lejos esta de agotarse.

Martín Ribadero
(UBA-CONICET)

*A propósito de Karin Grammatico, **Mujeres Montoneras, una historia de la Agrupación Evita 1973-1974**, Buenos Aires, Luxemburg, 2011, 129 pp.*

La creación de un espacio específico para las mujeres en el peronismo data de 1949 cuando Eva Perón fundó el Partido Peronista Femenino; hacia 1954 ese espacio se convirtió en la denominada Rama Femenina, que junto a la Rama Masculina y la Rama Sindical conformaban las tres secciones del movimiento peronista. Este entramado organizativo recobró vida a principios de los años setenta, y en circunstancias vinculadas al retorno de su prolongado exilio, Juan Perón pidió a su entonces esposa que retomara aquel legado, que reorganizara la Rama Femenina. Acompañada por José López Rega, fue recibida por las hermanas de Eva Duarte, por Héctor Cámpora, Juan Ignacio Rucci y Rodolfo Galimberti. En su discurso clamaba por la unidad, apelando para ello a la figura de Eva, pero las luchas intestinas estaban esperando su oportunidad para desnudarse. Para 1973 la agrupación Montoneros anunció que dejaba a un lado la vía armada, y en su lugar se dispuso a desarrollar una serie de “frentes políticos de masas” como una forma de luchar a la vez por el legado histórico y por espacios de poder concretos, razón por la cual pronto entraron en abierta disputa con la “ortodoxia” peronista.

Mujeres Montoneras reconstruye la historia, breve pero intensamente representativa, de uno de esos frentes de masas: la Agrupación Evita. Creada en el convulsionado mes de septiembre de 1973, su itinerario nos permite asomarnos a la profundidad de las luchas internas del movimiento peronista setentista; a los conflictos táctico-estratégicos de Montoneros; y a un momento en el que la figura femenina cuestionó crecientemente el lugar de subordinación que ocupaba, tanto en esferas domésticas como en la escena política. Grammatico identifica agudamente que, junto a los conflictos con el isabelismo, la derecha peronista, con las fuerzas armadas, etc., hubo otra zona de problemas menos evidentes, ligados a la experiencia mili-

tante y femenina, que con sus sutilezas y profundidades conforman su objeto de investigación. Para abordar dicho objeto se sirve de una diversidad de fuentes que incluyen los testimonios personales, y también de herramientas metodológicas de la historia reciente, en diálogo con aquellas propias de los estudios de género. Puede que debido a esto, además de estar sólidamente argumentado, el libro atienda a una dimensión tan frecuentemente obturada en la investigación histórica como la emotiva. Al indagar en cómo vivieron esas mujeres la creación de la agrupación, se abren problemas que quien reduce la existencia de la Agrupación Evita a la campaña de repatriación del cadáver de Eva no puede siquiera plantearse.

En su exploración la autora se acerca a la lógica de los actores y se encuentra, por ejemplo, con que las mujeres montoneras vivieron la creación de un espacio específicamente femenino como una forma de aislamiento, de despromoción, una suerte de castigo que las alejaba de los espacios de poder. Con que, si bien eran rechazadas por la Rama Femenina de Isabel Perón, paradójicamente compartían con esas otras militantes peronistas una concepción de la mujer como sujeto político a partir de su condición de madres y esposas. Pues también las aguerridas mujeres montoneras hacían política a través de su condición de madre-esposa, aún cuando sus compañeros montoneros negaban en su discurso la diferencia entre varones y mujeres en tanto que sostenían que la única división existente era entre explotadores y explotados (no obstante lo cual los lugares de conducción política persistieron masculinos). Y se encuentra, por último, con que luego de un primer momento de resistencias e incomodidades, la militancia femenina en barrios y villas se tradujo en una serie de programas y actividades en las que se conformó una experiencia colectiva significativa. El capítulo “Los trabajos y los días” relata la manera en que la militancia de base las enfrentó al entrecruzamiento entre lo público y lo privado, “lo personal es político,” consigna del movimiento feminista de la época, fue vivido en carne propia. Esos trabajos, truncados por la violencia y la represión de los años posteriores, dejaron huellas en las experiencias vitales que Grammatico recupera con sensibilidad e inteligencia, pues su uso de la dimensión emotiva en el análisis no busca conmovir sino comprender una época, un problema, una forma de vincularse con la política, una generación, un género y un desenlace trágico.

Laura Prado Acosta
(UNQ-CONICET)